



Revista Argentina de Sociología

ISSN: 1667-9261

revistadesociologia@yahoo.com.ar

Consejo de Profesionales en Sociología
Argentina

Neirotti, Nerio

Temas y agendas emergentes en el debate social contemporáneo. Épica, desencanto y resurrección

Revista Argentina de Sociología, vol. 9-10, núm. 17-18, 2013, pp. 11-27

Consejo de Profesionales en Sociología

Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26938133002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Temas y agendas emergentes en el debate social contemporáneo. Épica, desencanto y resurrección

*Nerio Neirotti*¹

Resumen:

La relación entre producción científica y política ha estado presente con mucha fuerza en el campo de la sociología a partir del momento que ésta se instaló en los medios académicos de Argentina. Detrás de la agenda pública de cada etapa hay consignas y mandatos que se corresponden con temas aglutinantes en el campo de la investigación sociológica y la docencia. Así, la sociología nace asociada a la idea de desarrollo y modernización en las décadas de 1950 y 1960 para dar paso de manera acelerada al concepto de dependencia en los '70. A posteriori de la dictadura ocupó la escena el tema de la democracia y posteriormente la transformación del Estado y las políticas públicas. Ya en el nuevo milenio, recobró fuerza la temática de la integración social y la constitución del sujeto político popular.

Palabras clave: investigación sociológica, agenda pública, desarrollo, dependencia, democracia, integración social, sujeto político.

Abstract:

The relation between the scientific research and political action has been strongly present in the field of sociology since the moment this science was set in the Argentinean academic world. Behind the public agenda of each stage, there are slogans, stipulations and orders which correspond with cohesive topics in the field of sociological research and teaching. Thus, sociology is born tied to the idea of development and modernization in the 1950's and 1960's to quickly open the way to the concept of dependence during the 1970's. After the military dictatorship, the concept of democracy became notable and afterwards the transformation of the State and public policies followed the lead. In the new millennium, the topic of social integration and the constitution of the collective political actor recovered strength.

Keywords: sociological research, public agenda, development, dependence, democracy, social integration, collective political actor.

¹ Mi agradecimiento por los comentarios a borradores previos y sugerencias realizados por Diego Pereyra, Santiago Finamore y Aarón Attías, docentes investigadores de la Universidad Nacional de Lanús.

La agenda pública y la investigación social suelen estar relacionadas aunque no sea institucionalmente, es decir, aunque no exista una orientación surgida de una política de investigación explícita del Estado, institutos o universidades públicas. Por agenda pública entendemos el conjunto de problemas y temas que la sociedad considera prioritarios en un determinado período histórico. Son los asuntos de época que movilizan la deliberación colectiva y que impulsan la acción política. La agenda pública constituye el conjunto de problemas que la sociedad considera que es necesario abordar y resolver o los temas que es menester discutir. En ese sentido conforma una plataforma de demandas desde la sociedad al sector público (Aguilar Villanueva, 1996).

Cabe recordar que no siempre los temas que se instalan en la agenda pública son incluidos en la agenda de gobierno, ni tampoco concitan necesariamente la atención de los investigadores de ciencias sociales a través de lazos de tipo institucional. Incluso sabemos que el mundo académico ha transitado derroteros aislados, haciendo gala de una mal entendida autonomía universitaria que en muchos momentos de nuestra historia ha dejado los ámbitos universitarios de espaldas a la realidad que los circunda y a los problemas nacionales (Jaramillo, 2006).

Sin embargo, es posible hacer una lectura del devenir de las investigaciones sociales y del desarrollo de la producción de conocimiento —tanto teórica como aplicada— en relación con las preocupaciones principales de la sociedad que han ido recorriendo la agenda pública. En cada momento sociohistórico aparecen temas aglutinantes detrás de la agenda pública que le dan sentido a la acción colectiva o al menos permiten contar con un hilo conductor para interpretarla, y en esta línea, también convocan a las ciencias sociales, que esbozan su propia temática, conforman su particular agenda de investigación y desarrollan su acervo teórico y metodológico.

Nuevos problemas han emergido actualmente en el escenario latinoamericano con el nacimiento del milenio y en consecuencia, se están configurando agendas públicas y de investigación especiales. Pero cabe destacar que lo que ocurre en la investigación social actual tiene sus antecedentes, está marcado por los contextos históricos de tipo institucional en las que los científicos sociales llevan a cabo su tarea, por las condiciones del desarrollo profesional y académico y por su propia experiencia personal.

En este artículo se señalan algunos hitos de la relación entre las ideas eje o hilos conductores de las agendas públicas y las cuestiones de investigación sociológica, sin pretender hacer un repaso de todos los temas y autores relacionados con ellos sino de algunos que consideramos centrales —y otros, incluso, sólo se

mencionan como ejemplos— en torno a la problemática de la integración social, la lucha política y los sujetos del cambio.

Los primeros años: desarrollo y dependencia

En las décadas de los '50 y los '60 el eje aglutinante de la agenda fue la temática del desarrollo y la modernización, el pasaje de la “sociedad tradicional” a la “sociedad moderna”, de notoria impronta parsoniana. La llamada “sociología científica” se posicionó como ciencia (en su acepción positivista) en los ámbitos académicos y en Argentina fue señora la figura de Germani (1962) como padre fundador y orientador de esta corriente. Se instaló como requisito de la investigación sociológica la neutralidad valorativa, la comprobación de los planteos teóricos a través de la evidencia empírica y se incorporó el uso de las estadísticas en los estudios de la estructura social. La institucionalización del cambio era, según Germani, una de las condiciones para garantizar el pasaje de una sociedad a otra (Pereyra, 2007).

El modelo de sociedad a la que se aspiraba pasar según el paradigma “tradicional versus moderno” era la sociedad capitalista liberal. A la sociedad agropecuaria, de ribetes feudales, se oponía la sociedad industrial y el pasaje de una a otra se daba de manera lineal y evolutiva. Sólo había que generar nuevas instituciones, darle “racionalidad” a los agentes y promover el cambio. Se generaron recetas para pasar del subdesarrollo al desarrollo al calor de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), institución cuyo primer secretario ejecutivo fue Raúl Prebisch.

Sin embargo, la propuesta de transición como meta política y como eje del análisis social fue criticada por un nutrido contingente de cientistas sociales por no contemplar la dependencia estructural de los países subdesarrollados. Desde esta perspectiva se argumentaba que nuestras sociedades no pueden pegar el salto necesario para igualar a las de los países centrales porque desarrollo y subdesarrollo son dos caras de una misma moneda, dos polos que se necesitan mutuamente. El subdesarrollo de los países periféricos como condición para el desarrollo de los países centrales; “centro” y “periferia” como partes de un único sistema mundial que para sostenerse debe generar una ineludible dependencia de ésta hacia aquél. El desarrollo es uno, desigual y combinado, para el Norte y para el Sur, donde este último, obviamente, no lleva la mejor parte.

Cardoso y Faletto (1981) fueron pioneros al clasificar y describir distintos tipos de dependencia (a partir de los primeros años de constitución de

los Estados nacionales) según las formas de relación con los países centrales. Exponentes de este pensamiento y autores de una profusa obra fueron también Dos Santos, Gunder Frank, González Casanova, Marini, Quijano, Vasconi, entre otros, que se dedicaron a estudiar el fenómeno de la explotación en el interior de nuestras sociedades en articulación con la dominación de los países centrales sobre los periféricos.

En nuestro país, antes y durante la emergencia de la sociología “científica”, fuera del entorno universitario se venía desarrollando una producción de conocimiento social al fragor de la militancia. Menos sistemático en relación con los preceptos formales de la producción académica, no fue menos influyente en el desarrollo de los procesos sociopolíticos. Jauretche, Hernández Arregui, Pui-gros, Scalabrini Ortiz, eran autores cuyos textos pasaban de mano en mano en el ambiente político y que fueron entrando posteriormente en las universidades a través de la militancia estudiantil y docente de aquellos años.

El peronismo irrumpió en las universidades de manera creciente, generando lo que se dio en llamar la “nacionalización” del pensamiento, un pensamiento creado a partir de nuestra realidad, en búsqueda del entendimiento de nuestros problemas y de la producción de estrategias para solucionarlos. El sesgo de reflexión autóctona alcanzó a pensadores de distintas orientaciones políticas progresistas, muchos de ellos formados al calor de la “sociología científica”.

De tal modo, el mundo académico engendró una camada de hijos “ilegítimos”, extraños a ese ambiente y no queridos por él; científicos sociales que se formaron en la universidad pero que acogieron toda la producción extraacadémica del mundo de la militancia popular al estilo de Jauretche (1966), quien había demarcado un camino con sus célebres “Apuntes para una sociología nacional”. Entre otros, Carri, O’Farrell, Podetti, Olsson, González, Feinmann, Brown, Eggers-Lan, Argumedo, conjugaron la actividad académica con la militancia política.

Se produjeron fenómenos novedosos como las “cátedras nacionales” de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires y florecieron espacios de divulgación como las revistas “Antropología del Tercer Mundo”, “Envido” y “Cristianismo y Revolución”. La producción de las ciencias sociales se hacía en el marco de las luchas contra la dictadura que se había iniciado en 1966 y que a los pocos días de su inicio había mancillado el mundo académico durante la tristemente célebre “noche de los bastones largos” y sus secuelas (noche que sin embargo, sería modesta en comparación con la triste larga noche de la dictadura de 1976). Se hacía ciencia social no solamente para explicar la dependencia y

la explotación sino también para esclarecer el proceso de construcción de una nueva sociedad, que se veía muy cercana.

Tanto el desarrollo esplendoroso de la sociología académica como las réplicas posteriores de carácter revolucionario tuvieron el ritmo abrasador propio de décadas de grandes ilusiones y de una destellante agenda pública. Se tratara de desarrollo o de ruptura de la dependencia, de modernizar o de liberar, fueron años de una ciencia social que adquirió progresivamente un tono épico, de aulas abarrotadas, reuniones militantes y marchas multitudinarias, musicalmente equiparable a la Tercera Sinfonía (“Heroica”) de Beethoven, especialmente de su primer movimiento, *Allegro con brio*. Un brío con indudables connotaciones de robustez en la producción teórica y en los análisis de los fenómenos nacionales y latinoamericanos.

La posterior preeminencia de las dictaduras en América Latina trajo consigo la oscuridad, la represión, el cierre de las carreras de sociología y de otras ciencias sociales, la desaparición, prisión o exilio de los exponentes de la sociología, el silencio, el miedo y la diáspora. Si bien muchos científicos sociales siguieron escribiendo en el exilio en la misma clave de la época histórica que había tronchado su producción, el vendaval sociopolítico posterior no dio lugar a la profundización de sus temáticas sino que se viró hacia otras, según lo aconsejara la prudencia política, las necesidades de supervivencia y, sobre todo, la necesidad de dar respuesta a nuevas demandas de claridad en el campo social y político de acuerdo con otras agendas públicas. El retorno a la democracia estuvo precedido por un desgaste que preanunciaba una teoría tímida de las ciencias sociales.

El retorno de la democracia

Tras años de golpes militares y períodos efímeros de soberanía popular (muchas veces coartada o condicionada) pero sobre todo luego de haber vivido la última dictadura, que trajo un inusitado nivel de avasallamiento de las instituciones, represión e impunidad, resurgió la democracia como valor y se impuso la necesidad de consolidarla y sustantivarla generando un profundo rediseño de la agenda pública. Toda la sociedad se volcó a deliberar sobre las cuestiones de la democracia, aspecto a destacar puesto que no sólo los dictadores la habían avasallado en más de una oportunidad, sino que también para la militancia popular y el conjunto de la población había dejado de ser creíble a raíz de tanta manipulación, proscripción y tergiversación. Se revertía de este modo el desgaste del

concepto y de su práctica. También se transformó en un foco temático de las ciencias sociales, en busca de análisis y teorización.

Construirla y cuidarla era un propósito que sumaba expectativas en el mundo de las ciencias sociales. Los más influyentes intelectuales se abocaron a elaborar los fundamentos teóricos de un imperativo político: en primer lugar la transición democrática y en segundo lugar, su consolidación. Según Portantiero (2002), constituye la tercera “D”, luego de las temáticas del desarrollo y la dependencia, en la producción teórica de las ciencias sociales, todas ellas en pos de explicar sociedades en proceso de integración.

En los estudios sobre la democracia la preeminencia disciplinar fue diferente a las anteriores etapas. Durante los años de análisis de la transición de la sociedad tradicional a la moderna, se puso el acento (netamente sociológico) en el estudio de los sujetos que debían motorizar el cambio, transformando valores e instituciones. La sociología disciplinaba a la economía y las ciencias políticas. En las construcciones teóricas sobre la dependencia, el análisis económico tuvo fuerte peso y gran influencia en los estudios sociales, al buscar detectar las razones estructurales que la generaban: la economía subordinaba a la ciencia política y la sociología. En el caso de la democracia, primó el análisis político, con fuerte influencia de la filosofía política: la ciencia o la teoría política colonizaba a los estudios económicos y de los fenómenos sociales.

Abundaron en estos años estudios sobre la transición de los autoritarismos a la democracia, los caminos para la consolidación de ésta o las necesidades de su profundización. Sin ánimo de ser exhaustivo, entre los trabajos sobre la transición democrática se puede mencionar la obra de Portantiero y Nun (1987). También sobresalieron los estudios destinados a indagar la naturaleza de los autoritarismos que iban quedando atrás, entre los que se destaca el trabajo pionero de O’Donnell (1982) sobre el Estado burocrático-autoritario.

En esta época, el análisis de clases sociales fue dando lugar al de los partidos políticos como ámbitos de articulación de demandas y de representación, por un lado, y de los movimientos sociales (en cuanto ámbitos de ampliación de la participación) que se erigían en relación con temas de identidad cultural, de etnias, de género, de similitudes locales y regionales o en torno a temas sensibles como los derechos humanos o el ambiente. Para quienes buscaban la referencia marxista se impuso la teoría gramsciana, como invitación a la construcción de espacios contrahegemónicos orientados a volcar la balanza a favor de los sectores populares, en torno a la cual fueron destacados los aportes de Portantiero y Aricó. Comparado con el marxismo de los años ’60 y ’70, se trató de una

versión amigable, en consonancia con la defensa de la democracia de entonces. A su vez, en Foucault se encontró una veta para seguir indagando la dimensión política en el nivel de la microfísica del poder.

La caída del Muro de Berlín y de los socialismos del bloque soviético fueron los momentos históricos que marcaron el derrumbe de los grandes relatos que contrastaron con los estudios sobre la posmodernidad. A la vez, se avizoraba por entonces el nuevo fenómeno de la globalización, potenciado por la creciente incidencia de las tecnologías de la información y la comunicación (Castells, 2000), con sus defensores y detractores, con miradas optimistas o escépticas; y aparecía como tema de estudio la tensión entre las variables locales y globales en el análisis y la gestión de los fenómenos sociales (Borja y Castells, 1997).

Posindustrial, posmoderno, posestructuralista, poscrítico... términos todos que preanunciaban un cambio de época pero también la pérdida de robustez de la teoría social: “Todo lo sólido se desvanece en el aire” (Berman, 1998); derrumbe del progreso indefinido y de todas las certezas sociales, políticas, filosóficas y económicas; carencia de “sentido” histórico de las sociedades, clases y sujetos políticos en el marco de un presente continuo y sin relieves; fin de las ideologías y de la historia (Bell, 1964 y Fukuyama, 1992).

En fin, una sociología liberada del corsé iluminista y del entramado teórico omnicompreensivo, despojada de aquellas grandes racionalidades de la modernidad (construcciones racionales sí, pero apoyadas en premisas intuitivas o de fe). Una sociología con algo de “destape” frente a la pasada omnipresencia de lo público, con cierto regocijo ante el encuentro con temáticas de respeto por la alteridad, la subjetividad y la diferencia, aunque ciencia social en camino hacia el relativismo.

También portadora de cierto desencanto, cierta nostalgia por lo que había sido y ya no era. No hay bríos en esta época, tampoco grandes construcciones teóricas, sino algoritmos limitados, gramáticas blandas. De producción teórica débil en consonancia con una agenda política tímida, es una sociología asociada a cierto desencanto, musicalmente equiparable a la 6ta. Sinfonía (“Patética”) de Tchaikovsky, especialmente al *Adagio Lamentoso* con que finaliza.

Si bien el propósito de trabajar en pos del fortalecimiento de la democracia fue un empeño que perduró en el tiempo, fue apagándose con la emergencia del neoliberalismo y las políticas orientadas por el Consenso de Washington, y recién volvió a recobrar fuerza de modo distinto en el nuevo siglo, luego de los estallidos populares de 2001, cuando la mirada volvió a posarse sobre los sujetos políticos y sociales del cambio.

La justificación profesional del sociólogo se recuperó no tanto desde la academia sino desde las empresas, los estudios electorales y la comunicación. Este fenómeno contaba con un antecedente de la época del golpe de Estado de 1966, cuando al ser expulsados de las universidades, los sociólogos habían tenido que adaptarse para salir a ofrecer su conocimiento en espacios distintos (Aramburu, 2013). En los '80 y los '90, las sutiles aromas del mercado se difundían en todos los ámbitos. Fueron años de neoliberalismo en los que las empresas buscaban profesionales para conocer las preferencias de los consumidores y hacer estudios varios de mercado, los partidos políticos (leves en ideología y proyecto, más proclives a las preferencias de coyuntura de los ciudadanos) ansiaban identificar los potenciales electores y conocer su opinión, y los medios volcaban su atención al *rating* y las preferencias de “consumo” de la población, más allá de la calidad del texto (Vommaro, 2008).

En el sector gubernamental, con la atención volcada hacia la reorganización del Estado, se hicieron presentes las necesidades de un conocimiento que podríamos ubicar en el ámbito de la “ingeniería” social. Se requirieron capacidades de planificación, administración de recursos humanos, evaluación, gestión pública, análisis institucional y reorganización administrativa. Con el tiempo, se instaló la necesidad de darle “instituciones” al capitalismo globalizado a la vez que el conocimiento técnico fue en busca de su teoría y entonces estuvieron a la orden del día los aportes del neoinstitucionalismo con North (1993), Powell y Dimaggio (1999) y otros.

En busca de la integración social y de la constitución del sujeto político

Ya en el nuevo milenio, la pobreza sigue golpeando, el mercado laboral informal sigue estando presente como un medio de sobrevivencia para quienes no pueden acceder al formal, y la exclusión no ha disminuido, al punto que junto a la “sociedad formal” donde además de desarrollar actividades laborales se ejercen los deberes y se gozan los derechos ciudadanos, existe otra sociedad alterna, que no tiene acceso o encuentra muy deteriorados estos modos de participación. Resurge el acicate fundante de la sociología (los fenómenos que amenazan la integración social), más aún cuando no han perdido vigencia las temáticas de la desafiliación y el ascenso de las incertidumbres (Castel, 2010a y 2010b), del declive de las instituciones (Dubet, 2006), y de la preeminencia de relaciones precarias, transitorias y volátiles, propias de una modernidad líquida (Bauman, 2003).

De las posiciones de fuerza que los excluidos ejercitaron en los momentos más críticos de comienzos de este siglo (piquetes, asambleas permanentes, movilizaciones recurrentes, para tomar algunos ejemplos, pero incluso se podrían mencionar las formas de violencia no política) se ha pasado paulatinamente a la organización de sectores populares con niveles variables de apoyo del Estado. América Latina es escenario del surgimiento de varios gobiernos progresistas, entre ellos un grupo significativo con tinte nacional y popular. Un factor común en la mayor parte de la región es el retorno del Estado, la emergencia de la política y la dinamización de la participación y organización de la sociedad civil, lo cual vuelca otra vez la preocupación de las ciencias sociales hacia el estudio del sujeto de cambio político. Atrás fueron quedando las livianas menciones a “la gente” de la época del apogeo neoliberal para volver a invocar al “pueblo”; las alusiones a los beneficiarios para hablar de sujetos de derecho; las referencias a los clientes o consumidores para recuperar la noción de ciudadanía.

Las preguntas se orientan hacia cómo y cuánto puede hacer el Estado para revertir la exclusión dada la crisis del Estado de bienestar y habiéndose agotado abruptamente las soluciones de “mercado” experimentadas durante la etapa neoliberal. En consecuencia, cabe distinguir dos cuestiones que —entre otras— son muy actuales en la agenda de nuestros días: por un lado la problemática de la desigualdad, la pobreza, la precarización laboral, la desocupación y la exclusión social, que convoca a la búsqueda de estrategias de integración social. Por el otro, la de los caminos de constitución del sujeto político que lleve adelante la construcción de una sociedad más justa.

Una conduce —en la búsqueda de soluciones— a la tensión entre alternativas indemnizatorias de la exclusión versus la integración a partir de la dupla trabajo–protección. La otra, al dilema de la acumulación de poder en el marco de movimientos políticos de corte nacional popular o a la movilización a través de formas menos estructuradas de reclamo, orientadas a manifestar el descontento y a “corroer” el orden actual en vías a la generación de una nueva sociedad (siempre atentas a evitar la “cooptación” por parte del Estado).

Comenzando por la primera, según Castel (2010), siguen estando presentes las incertidumbres que se producen como resultado de la crisis en el trabajo (que altera la relación entre la economía y la sociedad), de la crisis del Estado social (que vulnera las instituciones que hacen funcionar el vínculo social y la solidaridad) y de las discontinuidades en los modos de constitución en las identidades individuales y colectivas. De tal modo se pueden encontrar en la

sociedad sectores integrados, con trabajo más estable y una inserción relacional sólida, y en el otro extremo, sectores desafiados, por no tener participación en las actividades productivas y vivir aislados (sin relaciones estables). Finalmente, en una situación intermedia se encuentran los vulnerables, que tienen un trabajo precario y relaciones de proximidad frágiles.

Si bien el autor reconoce que no volverán a existir las condiciones del trabajo de la sociedad industrial ni tampoco las protecciones al trabajador de aquella época, advierte que existe una correlación entre el lugar que se ocupa, ya sea como trabajador o bien fuera del mundo del trabajo, y la participación en los sistemas de protección y las redes de sociabilidad. Por ende, invita a buscar caminos de protección que tengan en cuenta estos aspectos.

El trabajo se torna cada vez más inestable, diversificado y discontinuo y estamos asistiendo a una “remercadización” del mismo, que destruye la estructura del empleo y las protecciones. Hay en esto relación con lo que Boltanski y Chiapello (2002) plantean como un nuevo espíritu del capitalismo, conforme al cual el trabajo de las personas se concibe organizado por una sucesión de proyectos (paso de un espacio laboral a otro) y el éxito de cada individuo depende de sus propias capacidades de gestión. El capitalismo busca validarse colocando en un cono de sombra las relaciones de dominación a través de la exaltación de las capacidades de gestión y autorealización. De este modo, los procesos de marginación y posterior exclusión son adjudicados a la responsabilidad individual y no a la sociedad.

Pareciera ser que el individuo tiene la posibilidad y “debe” desarrollar su individualidad, hacerse cargo de sus propios riesgos, de su propia protección y seguridad: cada individuo debe hacer “su propio proyecto”. No obstante ello, la dura realidad brinda esta posibilidad a unos pocos y grandes masas de la población son empujadas hacia los márgenes, hacia la periferia y de allí a la exclusión. Fuera del trabajo y las relaciones laborales formales, fuera de las posibilidades de consumo, fuera del acceso a la educación y la salud, fuera de la participación del libre ejercicio de derechos y deberes ciudadanos.

Si bien se ha propuesto, frente a las tendencias de remercadización laboral, la posibilidad de buscar alternativas a la informalidad potenciando el sector de la “economía social” o “economía solidaria”, se corre el riesgo de quedar también en los márgenes, con una economía menor, sin condiciones para ofrecer una respuesta global. Por eso, sostiene Castel, un nuevo Estado social, de carácter más flexible, debería darle un nuevo estatuto al “trabajador móvil”, atento a su protección en el paso de un trabajo a otro e incluso en los inter-

valos en los que no tiene trabajo. Advierte contra el riesgo de la institucionalización de la precariedad a través lo que podrían ser las políticas llamadas compensatorias y, si bien no desdena los esfuerzos por garantizar un ingreso de subsistencia o ingreso ciudadano de carácter universal, señala que se corre el riesgo de que éste quede en niveles realmente mínimos de subsistencia e incluso de generar distorsiones en el mismo sistema laboral. Por eso termina insistiendo en la dupla trabajo – protección como estrategia central de integración social.

En la línea de preocupaciones por la justicia social, cabe agregar el dilema señalado por Dubet (2011) al plantear que ni siquiera resulta suficiente con garantizar la igualdad de oportunidades para que cada uno alcance sus logros en un escenario equitativo de competencia dado que los puntos de partida de cada uno son profundamente desiguales. En consecuencia, el autor afirma que es menester avanzar en la redistribución de la riqueza para asegurar a todos una base de acceso a la educación, servicios y seguridad: un piso aceptable de condiciones de vida.

La segunda problemática tiene que ver con las iniciativas de acción política popular y la constitución de sujetos políticos portadores del cambio hacia una sociedad inclusiva de carácter más justo. Pero antes de abordar los análisis sobre las posibilidades de “hacer” política de los sectores populares caben algunas reflexiones relacionadas con la primer problemática.

El capitalismo triunfó una vez más con la caída de gran parte de los socialismos reales, se globalizó y además tuvo la capacidad de reinventarse a través de una temible fórmula: el cambio de la explotación por la exclusión. Ya no es necesario el ejército de reserva de trabajo, ya no tiene vigencia la relación explotador – explotado (donde este último no obstante su situación resultaba necesario), porque la explotación pasó a ser sustituida por la exclusión. Grandes contingentes de la población pasan a ser prescindibles en el proceso de producción –ahora apuntalado por los avances de la tecnología y la automatización– quedando fuera de los mismos y también del consumo. Terrible destino de dejar de ser explotado por el sistema para ser objeto de descarte del mismo.

Desde los márgenes pareciera que las posibilidades o las iniciativas de acción política resultan muy escasas para los sectores sumergidos de la población, quienes encuentran en el territorio urbano un lugar de inscripción en un mundo inestable e incierto, cuando ya no cuentan con las condiciones estables del trabajo y la seguridad social, cuando las instituciones públicas (escuela, vivienda, servicios urbanos, salud, etc.), otrora pilares de huida de la precariedad,

se debilitan y los abandonan. Y ya sin posibilidad de hacer sus proyectos (de vida, de grupo, de barrio, de comunidad) el territorio al menos les brinda la posibilidad de organizarse para “la caza”. En este sentido se desarrollan habilidades para saber cuándo una fábrica está buscando gente, cuándo aparece un programa social con subsidios o distintos tipos de servicios, cuándo un candidato está ofreciendo prebendas a cambio de apoyo político, cuándo se puede obtener algo manifestando a favor o en contra, cuándo se encuentra a mano una organización no gubernamental para presentarle un proyecto, etc. Estar informado y saber aprovechar estas oportunidades que “aparecen” como las de un animal que caza en el bosque. Es algo que no se puede programar, no existe proyecto posible en este marco, no hay posibilidades de cambiar la sociedad porque sólo emergen oportunidades aleatoriamente: es la lógica del cazador, al decir de Merklen (2010).

¿Quedan, en estas condiciones, más allá de la lógica del cazador, posibilidades de hacer política, en el sentido de construir poder contrahegemónico? ¿Qué insinúan las ciencias sociales acerca del camino de los que quedan afuera, de los que van siendo progresivamente expulsados o de aquéllos cuyos vínculos laborales y sociales se tornan precarios? ¿Acumular poder para transformar esta amenaza creciente ocupando espacios en el Estado o priorizar la revuelta, la insurrección o la resistencia y construir nuevos experimentos democratizadores de base?

La primera alternativa supone generar acumulación de fuerzas para transitar caminos alternativos de construcción de una sociedad, un bloque popular que por cierto acarrea el riesgo de tener que relegar cierta pureza y espontaneidad en la participación para delegar poder a través de la representación pero que gana en potencia transformadora. La segunda supone apelar al desgaste del sistema, a las formas espontáneas y más directas de participación, de carácter asambleario y movilizador, sin mediaciones que implicarían ceder a la cooptación por parte del Estado y las estructuras de dominación. Construcción de poder, a partir de la difusión del mismo, a través de formas no estructuradas y espontáneas de lucha, generando relaciones horizontales entre numerosos experimentos sociales animados por un espíritu indignado y rebelde.

Sin duda Laclau (2011) con sus estudios sobre el populismo nutre teóricamente, entre otros, la primera opción. Para el autor, una acumulación de demandas insatisfechas unidas a una incapacidad creciente del sistema para absorberlas por separado genera una cadena equivalencial de demandas populares (por parte de los excluidos o privados de los beneficios de la sociedad) que

pasan a constituir una subjetividad más amplia. De este modo se genera una ruptura y comienza a constituirse el “pueblo” como actor histórico potencial, como una relación real entre agentes sociales. Ya no se trata de definir a la clase o al actor político en términos esencialistas a la manera del marxismo ortodoxo, sino de identificar construcciones hegemónicas que surgen de una práctica articuladora (que además, se define en función de aquello a lo que se opone). Son condiciones del populismo: a) la existencia de una frontera antagonica que separe al pueblo del poder, b) la mencionada articulación de demandas no satisfechas, c) un sistema estable de significación que apunta hacia la construcción de una identidad común. A partir de la pluralidad de elementos heterogéneos se constituye el pueblo (que en el análisis social no es un dato de la estructura social sino una categoría política) como sujeto de cambio, resultante de una extensa guerra política de posición.

Igualmente, en el pensamiento de Hard y Negri (2011) y otros autores (Altamira, 2010) está presente el sujeto emancipatorio, denominado en este caso “multitud”, pero sin mediación representativa como en el caso del pueblo. Por otra parte, se desecha la idea de oponer estrategias nacionales de construcción de alternativas con protagonismo estatal a la explotación centralizada de los países desarrollados. Se plantea que ya no hay lugar para estas alternativas en el capitalismo actual, caracterizado por la “financiarización” de la economía (que no es más una anomalía o desviación sino un fenómeno necesario), por la pérdida de centralidad del trabajo asalariado (unida a la individuación de la relación capital-trabajo) y por una dominación de carácter “biopolítico” que inunda todas las fascetas de la vida.

A fin de reaccionar contra la dominación biopolítica, resulta central la subjetividad como camino para la construcción de nuevas formas de organización política basadas en la libertad, igualdad y democracia de la multitud, las cuales se anticipan en las calles, las plazas públicas, las asambleas abiertas de larga duración y otros tipos de protesta. Estos son espacios donde la multitud deja de ser mayoría silenciosa para reclamar por una “democracia real ya”.

Desde esta perspectiva de análisis social, las instituciones republicanas vigentes, basadas en la propiedad privada, en el trabajo (cada vez más desvinculado del salario) y en atribuciones de gobernanza falsamente representativas, no están a la altura de responder a los deseos y las potencias de la multitud. Por lo tanto es menester desarrollar una racionalidad, impulsar movimientos de revuelta y construir nuevas formas de vida (formaciones sociales alternativas) en relación con la reformulación de esos tres basamentos. Nuevas formas que, de acuerdo

con los autores, sustituyen la oposición público-privado para dar lugar a la construcción del “común”.

No queda claro en la propuesta de Hardt y Negri cómo se produce la articulación horizontal de experiencias en esta variante, ni tampoco cómo se articulan luchas y teoría para construir la conciencia política de la multitud o –tomando su expresión– para que la multitud devenga Príncipe. Como señala críticamente Laclau, en este planteo la unidad de los oprimidos surge aparentemente por la simple razón de que es natural que se subleven contra la totalidad imperial (totalidad sin un centro) y que confluyan. Más que de una convergencia se trata de una tendencia espontánea y en este sentido, parecería no ser necesaria ninguna construcción política como articuladora de demandas. En esta línea argumental, sería un acto de inmanencia. Con tal razonamiento, la táctica de la confrontación política se impone frente a la estrategia y consecuentemente predominan las luchas inconexas.

Sea cual fuere la versión queda claro que el tema de la construcción de poder, de la articulación de fuerzas sociales y políticas en torno a un proyecto de sociedad, está en medio de las preocupaciones y deliberaciones públicas, en concomitancia con la recuperación y dinamización de la política y la participación social como actividades y como objetos de investigación de las ciencias sociales. Asimismo, la emergencia de gobiernos de tinte nacional y popular en varios países de América Latina (Venezuela, Ecuador y Bolivia, además de Argentina) constituye un experimento social y político que aviva la polémica acerca de la conveniencia de que los sectores populares avancen sobre los espacios estatales o resguarden su autonomía y mantengan actitudes de resistencia aún frente a estos gobiernos.

La tensión arriba mencionada no es la única que existe en la agenda contemporánea de debates políticos y académicos. Está muy presente la discusión sobre las bondades de los gobiernos nacional populares o sobre la necesidad de reforzar las formas y procedimientos republicanos propios de la democracia liberal. ¿Atentan estos gobiernos contra la democracia al relativizar el debate con los partidos de oposición o son expresión de más democracia al generar formas diversas de participación ampliada? ¿Se trata de democracias de audiencia, con mayor contacto entre los líderes y los ciudadanos (de modo directo o a través de organizaciones sociales) o vivimos el riesgo de caer en el autoritarismo? ¿Se están menospreciando las instituciones o vivimos momentos fundacionales en los que se generan nuevas formas institucionales? ¿Se está socavando la democracia o se está avanzando hacia formas de democracia más sustantiva, con

espacios ampliados de participación que trascienden los parámetros de decisión de las élites? ¿Existe una sola noción de democracia o –del mismo modo que ocurre con la categoría “populismo”– no es unívoca ni transparente? (Aibar Gaete, 2013; Follari, 2010).

Están en danza estos y muchos otros interrogantes –no es la pretensión del autor tratarlos todos en este artículo– que atañen a las formas de relacionarse, oponerse, coaligarse, quedar fuera o ser parte; a la colaboración, el conflicto y el cambio; a la generación de nuevas instituciones; a la discusión sobre la preeminencia de estructuras arbóreas o reticulares; al debate sobre la opción de indemnizar la exclusión o buscar nuevas formas de integración a través del trabajo; a la tensión entre lo local y lo global; etc.

No cabe duda de que se ha abierto un camino de dinamización del pensamiento sociológico en coincidencia con la movilización social y el retorno de la epopeya política. Con sus nuevos temas y tensiones, la agenda de investigación social ha retomado su fuerza y recuperado el impulso propio de las primeras décadas, lo que en términos musicales podría asociarse a la 2da. Sinfonía (“Resurrección”) de Mahler, especialmente con su *Finale*. Un proceso que invita a imaginar nuevos desafíos para el mundo académico, profesional y político de los sociólogos y que insinúa momentos promisorios en su producción científica.

Referencias

- Aguilar Villanueva, Luis F. (1996), *Problemas públicos y agenda de gobierno*, México, Miguel A. Porrúa.
- Aibar Gaete, Julio (coordinador) (2013), *Vox populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, Buenos Aires, FLACSO México / UNGS / UNDAV.
- Altamira, César (comp.) (2010), *Política y subjetividad en tiempos de governance*, Buenos Aires, Waldhuter.
- Aramburu, Leandro (2013), “Profesionalización de la sociología en la Argentina: un estado del arte”, Buenos Aires, Grupo HSSA, IIGG-FSOC, UBA, mimeo.
- Bauman (2003), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bell, Daniel (1964), *El fin de las ideologías*, Madrid, Tecnos.
- Berman, Marshall (1998), *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002), *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.
- Borja, Jordi y Castells, Manuel (1997), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.

- Cardoso, F.H. y Faletto, Enzo (1981), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Castel, Robert (2010 a), *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Buenos Aires, FCE.
- _____ (2010 b), *Las transformaciones del trabajo de la producción y de los riesgos en un período de incertidumbre*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Castells, Manuel (2000), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. México, Siglo XXI.
- Dubet, François (2006), *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*, Barcelona, Gedisa.
- _____ (2011), *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Follari, Roberto (2010), *La alternativa neopopulista (El reto latinoamericano al republicanismo liberal)*, Rosario, Homo Sapiens.
- Fukuyama, Francis (1992), *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta.
- Germani, Gino (1962), *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós.
- Jauretche, Arturo (1966), *El medio pelo en la sociedad argentina (apuntes para una sociología nacional)*, Buenos Aires, Peña y Lillo.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio (2011), *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal.
- Jaramillo, Ana (2006), *La universidad frente a los problemas nacionales*, Buenos Aires, Ediciones UNLa.
- Laclau, Ernesto (2011), *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- Merklen, Denis (2010), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983 – 2003)*, Buenos Aires, Editorial Gorla.
- North, Douglas (1993), *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- O'Donnell, Guillermo (1982), *El Estado Burocrático Autoritario*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Pereyra, Diego (2007), “Cincuenta Años de la Carrera de Sociología de la UBA. Algunas notas contra-celebratorias para repensar la historia de la sociología en Argentina”, en *RAS*, V, 9, pp. 153 – 159.
- Portantiero, Juan Carlos (2002), “Exposición”, en *VVAA, Crisis de las ciencias sociales de la Argentina en crisis*, Prometeo, Buenos Aires: 17-26.
- Portantiero, J. C. y Nun, J. (1987), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur.

- Powell, Walter W. y Dimaggio, Paul J. (comp.) (1999), *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Vommaro, Gabriel (2008), “Lo que quiere la gente” *Los sondeos de opinión y el espacio de la comunicación política en Argentina (1983-1999)*, Buenos Aires, Prometeo / UNGS.

Nerio Neirotti

Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO Argentina), Master of Public Affairs (University of Texas at Austin) y Licenciado en Sociología (Universidad Nacional de Cuyo). Vicerrector y profesor titular ordinario de la Universidad Nacional de Lanús.

E-mail: nneirotti@unla.edu.ar

Recibido: 30 de abril de 2013. Aprobado: 10 de septiembre de 2013.